

El « Liceo de la Infancia »

Don José Joaquín Ortiz, ilustre mentor de las letras colombianas, fundó en 1852 el *Instituto de Cristo*, y llamó a su lado, para que le acompañase como catedrático, a don Ricardo Carrasquilla, joven de estirpe procerca en quien había descubierto las altas dotes de claro talento y nobilísimo carácter que le adornaban.

Dos años después, don Ignacio Gutiérrez Vergara, de cuyo hogar había partido para el cielo su virtuosa compañera, movido por el deseo de dar a sus hijos la instrucción necesaria sin separarse de ellos, concibió el proyecto de que algunos amigos suyos, prestándose recíproco favor para la educación de sus familias, cooperasen con él a establecer una escuela primaria en la cual veinte niños recibiesen de profesores idóneos lecciones de religión, urbanidad, matemáticas, geografía, historia, lenguas española y francesa, dibujo y contabilidad, ejercitándose en la caligrafía con la práctica de la teneduría de libros.

Contribuyeron para realizar este pensamiento los señores Rafael Alvarez, Antonio María Angel, Luis María Cuervo, Agustín de Francisco, Bernardo Herrera, José Manuel Junguito, José Manuel Marroquín, Fernando Nieto, Andrés María Pardo, José María Sáiz, Manuel Vélez, Manuel Villafrade, y la señora doña Petronila Rojas. De esta manera se abrió en enero de 1854 el *Liceo de Familia* bajo la inspección del señor Gutiérrez Vergara y la inmediata vigilancia de don Antonio Basilio Cuervo.

Sobrevino, sin embargo, la revolución que estalló en Bogotá el día 17 de abril de aquel año aciago, y tanto el *Instituto de Cristo* como el *Liceo de Familia* tuvieron que cerrar sus puertas.

Al año siguiente, restablecida la paz en la Repúbli-

ca, el *Liceo de Familia* las abrió de nuevo bajo la dirección del señor Gutiérrez Vergara y la inmediata inspección y vigilancia de don Manuel Ponce de León, profesor de matemáticas, y del presbítero don Antonio Parra, encargado de la educación moral y religiosa de los alumnos. Concurrieron para tal objeto, además de los amigos ya nombrados, los señores Joaquín Tamayo, Jorge Vargas, Plácido Morales, Francisco Quijano, Miguel Chiari, Nicolás Leiva, Lázaro M. Santamaría, Mariano Tanco, Acisclo Castro, Eusebio Robledo y José Joaquín Gómez Hoyos.

El *Instituto de Cristo* permaneció cerrado; mas no queriendo su celoso fundador que se perdiese la buena semilla sembrada en fértil campo, señaló diverso rumbo a su actividad infatigable, y en 15 de octubre de 1855 dio principio a la publicación de *La Guirnalda*, preciosa colección de poesías y cuadros de costumbres nacionales, en la cual figuraron no pocos escritores de aquella época con algunos de tiempo anterior, como José Angel Manrique, José María Salazar, Andrés M. Marroquín y Francisco Urquinaona.

En *La Guirnalda* aparecieron composiciones reputadas desde entonces por valiosas joyas de nuestro parnaso, cuales son *Edda y Ayer y Hoy*, de Rafael Pombo; *A un joven poeta* y *Al Tequendama*, de José Joaquín Ortiz; *Al Chimborazo* y *El desterrado en alta mar*, de José Eusebio Caro; *A Julia*, de Gregorio Gutiérrez González; *Afecto multiplicado*, de Andrés M. Marroquín; *A Pablo*, de Joaquín Pablo Posada; *Desengaño*, de Mario Valenzuela; *Des bas et des vers*, de Silveria Espinosa de Rendón. Allí exhibió don Ricardo Carrasquilla las primicias de su ingenio con delicadas producciones, como las tituladas: *Moisés*, *Himno del niño al despertar*, *Al Funza*, *Los dos gatos*, *Buen método de vida*, *La Gloria*, y *El Crucifijo* (traducción de Lamartine), manifestándose en ellas

la facilidad con que templaba la lira, ya para temas graves y solemnes, ya para materias ligeras y festivas.

Prosiguiendo en su labor fecunda, don José Joaquín Ortiz instaló en 20 de julio de 1856 el *Liceo Granadino*, donde hizo don Ricardo brillante figura literaria.

Imposibilitado por sus ocupaciones como redactor de *El Catolicismo* y miembro de la Cámara de Representantes para seguir dirigiendo el *Liceo de Familia*, resolvió don Ignacio Gutiérrez Vergara ceder aquel plantel a don Ricardo Carrasquilla, con quien le estrechaban lazos de cordial simpatía y profunda estimación, por el conocimiento de sus méritos y cualidades. Así pues, desde enero de 1856 continuó el establecimiento bajo la dirección de don Ricardo con el nombre de *Liceo de la Infancia*.

No habiendo ya limitación en el número de los alumnos, muchos se suscribieron desde el principio, ávidos de seguir las lecciones de un aventajado institutor que anunciaba la supresión de todo castigo corporal en su colegio, no empleándose en él sino los estímulos de la conciencia y el honor; la enseñanza objetiva y la amenidad en el estudio, de tal manera que asuntos áridos como los problemas de aritmética se propondrían en versos de estilo fácil, compuestos por el maestro mismo.

Con los ojos del espíritu, enternecido por tan dulces recuerdos, revemos hoy aquella mansión de un solo piso, espaciosa, con galería que cercaba un patio cuadrangular como los de las casas andaluzas. A la derecha, una sala llena de mesas y pupitres donde Clemente Padilla primero, don Domingo Maldonado después, y más tarde don Francisco García Rico, se ejercitaban en hacernos imitar su hermosa letra.

Luégo una pieza de regular tamaño destinada para las lecciones que nos daba el señor Carrasquilla. Hacía sentado en un sillón de brazos forrado en cuero,

que contaría luengos años de útil servicio desde los tiempos coloniales, ¡Y qué lecciones aquéllas! Eran nada menos que los *Fundamentos de la Fe*, extractados de la obra admirable de Auguste Nicolás, traducida al castellano con el título de *Estudios filosóficos del Cristianismo*. En aquella clase poníamos en juego el entendimiento más que la memoria, porque se nos enseñaba a raciocinar y penetrar hasta lo más profundo de las sublimes verdades que en estilo evangélico exponía aquel célebre apologista; y cada lección de don Ricardo era un raudal de elocuencia que nos electrizaba y conmovía, comoquiera que a menudo, en arranques de entusiasmo, su alma de niño le humedecía los ojos.

Poseía don Ricardo la facultad de improvisar un discurso sin la menor vacilación, adaptando el estilo al orden de las ideas y elevándolo cuando era preciso a la mayor altura. Creemos que siempre hizo sus discursos sin preparación, obedeciendo a los impulsos de la inspiración y el sentimiento.

Algunas obras de Augusto Nicolás llegaron a Bogotá enviadas desde París a don Ignacio Gutiérrez Vergara por su pariente don Manuel María Mosquera.

En el cuarto contiguo al último descrito anteriormente, tenía sus reuniones la *Legión de Honor*, establecida por don Ricardo para recompensar a los alumnos más meritorios.

Seguía una pieza de mayor tamaño, con los muros cubiertos de papel pintado en que se veían numerosas figuras marciales de varios colores que representaban una reñida batalla, al paso que en el recinto de la pieza reinaba paz absoluta. No pocas de aquellas figuras guerreras, víctimas de los golpes que involuntariamente solíamos darles con las bancas y los codos, quedaban con heridas incurables.

En las demás piezas don Ruperto S. Gómez y don Wenceslao Montenegro, eruditos subdirectores, con la asistencia de don Manuel J. Páramo y don Eladio Ferrero, profesaban otras materias del programa escolar.

Durante algún tiempo tuvimos la buena suerte de que don Miguel Antonio Caro nos diese lecciones de latín; y ocasionalmente dispuso el director que algunos de los alumnos más adelantados dictasen lecciones a sus discípulos. Fue así como Ruperto Ferreira, dotado de un talento matemático poco común, vino a ser catedrático en este ramo; y con extremada benevolencia se le confiaron a otro alumno las lecciones de historia patria, no aprendida hasta entonces en los colegios.

En el lado opuesto a los aposentos destinados a la enseñanza, tenía la familia sus habitaciones privadas, de donde con frecuencia solíamos ver salir, y saludábamos con profundo respeto, al esclarecido general José María Ortega Nariño, padre político de don Ricardo. El héroe de tantas gloriosas lides de la guerra de la Independencia conducía a menudo de la mano a su nieto Rafael, niño de pocos años, predestinado para continuar la misión docente de su ilustre genitor y ser honra y prez de la Iglesia y de las letras patrias, eximio y sapientísimo sacerdote, grandilocuente orador sagrado y digno sucesor de fray Cristóbal de Torres en la dirección de su famoso instituto.

A la izquierda de la puerta principal tenía su estudio el señor Carrasquilla, donde recibía a los amigos y a los alumnos que iban a someterle ensayos literarios, sabiendo que se complacía en pulir sus composiciones y en estimularlos a continuar en esta grata labor. De aquí se originó un periodiquillo manuscrito, llamado *El Liceo*, que probamos a redactar Manuel Vicente Umaña, Francisco A. Gutiérrez, Ruperto Ferreira, Carlos Mar-

tínez Silva, Aquilino Niño, Julio Gálvez, Ramón y Rafael Manrique, Francisco H. Iriarte y el que esto refiere.

Don Ricardo, a la vez, colaboraba en *El Catolicismo*. En diciembre de 1858 fundó con sus amigos los señores José María Vergara y Vergara, José Joaquín Borda, José Joaquín y Juan Francisco Ortiz, José Manuel Marroquín, Ezequiel Uricoechea y Eugenio Díaz, *El Mosaico*, contribuyendo a la exquisita amenidad de aquel periódico con sus deliciosas coplas y letrillas. Don Ignacio Gutiérrez Vergara, cuando fue a Madrid en 1864, tuvo la complacencia de remitirlas al insigne dramaturgo don Manuel Bretón de los Herreros, secretario de la Real Academia Española, con una carta en que le decía:

«Este compatriota mío se ha dedicado desde su juventud a la enseñanza de la niñez, y ha hecho y está haciendo en este ramo muy importantes servicios. Su profesión, unida a la moralidad de sus costumbres, a la ortodoxia de sus principios religiosos, a su instrucción literaria y al numen poético que ha cuidado de cultivar con el estudio de los mejores modelos, han formado de aquel ciudadano, por este conjunto de cualidades, un hombre tan útil para su patria como recomendable a la estimación de los literatos españoles».

El *Liceo de la Infancia* no era solamente un plantel de educación moral y religiosa, al par que de instrucción científica y literaria, sino también una escuela de patriotismo. Hijo del coronel don Pedro Carrasquilla, campeón de la Guerra Magna, don Ricardo había unido su suerte a una nieta de Nariño, hija del ínclito general José María Ortega y sobrina del no menos egregio general Francisco de Paula Vélez, a quien don Ricardo llamaba «mi mejor amigo». Había, pues, vivido desde

la cuna en una atmósfera eminentemente patriótica, en un hogar donde se profesaba culto a las glorias nacionales. Por eso en sus lecciones, conversaciones y discursos lo inculcaba en el corazón de sus discípulos. Una de sus mejores composiciones poéticas es el romance que lleva por título *Los soldados de Colombia*, dedicado a su hijo Rafael.

Así corría alegremente para nosotros el año escolar, gozando de continua recreación del ánimo, por sernos tan placenteras las tareas estudiantiles; de modo que cada mañana, cuando el director recontaba los nombres de los alumnos, raro fuera que alguno faltase a la lista. Reunidos en formación a lo largo de los anchos corredores, cada uno de los catedráticos llamaba sucesivamente a los de su clase respectiva, quienes marchaban ordenadamente hacia la pieza que se les tenía destinada; y sin pérdida de tiempo comenzaban las lecciones y desafíos para contender, con armas intelectuales, por los puestos más altos, pues en la jerarquía de los asientos, desde la cabeza hasta la cola, cada cual debía ocupar el que se hubiese conquistado a sí mismo por el mayor o menor grado de aplicación y buena conducta y su habilidad en contestar las preguntas más difíciles.

Bien quisiéramos insertar aquí los nombres de todos nuestros condiscípulos, pues los recordamos a todos con un mismo invariable afecto; mas tendremos que limitarnos a aquellos con quienes más frecuente trato teníamos, mencionándolos así por orden alfabético:

Aquilino Ángel, César Castro, Camilo y Manuel José de Cayzedo, José María Chiari, Ruperto Ferreira, Julio Gálvez, Alejo García, Emiliano, Eduardo y Enrique Gómez, Francisco A. Gutiérrez, Ignacio Gutiérrez Uricoechea, Roberto, Luis María y Ricardo Herrera Restrepo, Francisco H. Iriarte, Ismael Leiva, Ramón y Rafael Manrique, Carlos Martínez Silva, Carlos Michelsen, Francis-

co Montoya, Aquilino Niño, Emilio Pardo, Enrique Pardo Rocha, Heliodoro Pieschacón, José Manuel Restrepo Sáenz, Manuel y Santiago Samper Brush, Nemesio Sotomayor, Rafael Tamayo, Leopoldo Tanco, Nicolás Tanco Paris, Manuel Vicente y Eugenio Umaña.

El gran día del *Liceo* era el de la distribución de premios, siempre celebrado por don Ricardo con solemnidad y pompa, a que contribuían las principales familias de la capital asistiendo en número completo y de gala. Cubría-se entonces el patio con un gran toldo para preservar a los concurrentes de los rayos de un ardoroso sol de diciembre, o bien de alguna traidora llovizna del boquerón; llenábanse de planas, mapas y dibujos las paredes; se adornaban los pilares con arbustos y flores, y todo, en suma, adquiría el aspecto de una gran fiesta, en la cual se hacían prácticas demostraciones de los adelantos de cada clase, se resolvían problemas, se recitaban composiciones poéticas, y aun se ponía a prueba la inteligencia de algunos alumnos haciéndoles improvisar en verso o en prosa sobre temas propuestos por las personas más conspicuas entre los concurrentes. Por último, se repartían diplomas y coronas, terminando la función con algún bello discurso de don Ricardo y una explosión de estrepitosos y repetidos aplausos de todo el concurso.

Tal fue nuestra *Alma Mater* y tal ha sido el norte de nuestros más caros y continuos recuerdos, que vuelan hoy, como aves ansiosas de luz primaveral, en jubilosa bandada hacia aquellos alares queridos que no conocieron penas ni zozobras de las que constituyen el invierno de la vida. Corto, muy corto es ya el número de los sobrevivientes de aquella época dichosa; de los que, por favor especial de la Divina Providencia, gozamos del privilegio de poder consagrar a la veneranda memoria de nuestro maestro en su fiesta centenaria, un monumento

más valioso que el mármol y el bronce, cual es el perdurable amor y la inmensa gratitud de nuestros corazones unidos en un mismo sentimiento.

Londres, 22 de agosto de 1927.

IGNACIO GUTIÉRREZ PONCE

Don Ricardo Carrasquilla

(ESTUDIO LEÍDO EN UNA VELADA LITERARIA
EL 20 DE JULIO DE 1927)

Don Ricardo Carrasquilla es uno de los grandes de Colombia. Nació cuando estaba en su apogeo aquella generación máscula y única que produjo la América a fines del siglo XVIII y que la consagró matrona de su casa. De esos varones recios heredó la grandeza que transmitió intacta a sus hijos. Su pasión fue el amor a Dios y al prójimo y el engrandecimiento de la patria.

Al leer las bellísimas páginas de su vida íntima siente uno algo así como un baño de grandeza, como una inyección de vida que se inocular en las venas. Siente uno más optimismo, más virilidad, más aprecio a la virtud, más ansias de nobleza. Se siente un nuevo despertar en el alma. Es que Carrasquilla es uno de esos ejemplares levantados que produce de vez en cuando la humanidad y que sirven como de jalones gloriosos para mostrar la verdadera ruta a los predestinados. Colombia puede exhibirlo sin temor ante sus hijos y ante las demás naciones. Su vida es un tersísimo espejo de cuyo fondo irradian los contornos magníficos de una alma perfecta. No se le admira, se le tributa verdadero culto. Su nombre es un relicario que encierra muchos trofeos nacionales.